

“Ser maestro o llegar a serlo”

Una visión de lo pedagógico del ejercicio docente

Jaime Alberto Correa Amaya
Docente Facultad de Ciencias Económicas

He querido escribir algo sobre este tema, primero, para dejar muchos interrogantes y reflexiones a mis compañeros docentes; y segundo, animado por el profundo agrado que siento cuando estoy enfrente a unos compañeros de trabajo que me exigen y me motivan en todos los encuentros fuera y dentro de las aulas. Espero que usted, querido lector, sepa de quienes estoy hablando; pues ellos son los estudiantes o alumnos como algunos docentes de nuestra universidad y de otras llaman muy orgullosamente, olvidando que uno como guía de un proceso educativo de unas personas, también se convierte en alumno pues todos los días se están aprendiendo cosas nuevas. Claro, esa es una de las leyes de la vida, aprender en cada momento, a cada hora, en cada minuto... y si no fuera así, creo yo, nuestra vida perdería sentido ya que no habría desarrollo y lo *humano* se empezaría a perder. Es decir, la esencia del ser que a cada uno de nosotros caracteriza se iría escapando -como diría Aristóteles- de

nuestro entorno, de nuestro medio y de nuestro mundo de posibilidades.

Este es precisamente uno de los temas que me han apasionado en este bello ejercicio docente: el mundo de posibilidades que nosotros como guías podemos ofrecer a nuestros alumnos y/o discípulos (como los queramos llamar).

El docente debe llegar
a ser un maestro

El ser es una identificación con el rol que ejerzo y con la labor que realizo, pues es en ella en donde me debo permitir la realización de mi persona con todos sus sueños, triunfos y fracasos. Ese llegar a ser un maestro me hace pensar en que ha

llegado el momento en el cual se debe pensar en que hay que tocar los umbrales de la perfección en el ejercicio docente, y es allí precisamente en donde empieza a ser grande nuestra labor, ya que cuando hago consciente este papel, me hago responsable de dos cosas principalmente: primero, de mi proceso personal ante unos alumnos o discípulos y segundo, de mi responsabilidad ante la formación académica y humana de mis "destinatarios"¹; teniendo en cuenta que esto se da dentro y fuera de las aulas de clase.

¿Por qué anteriormente dije algo sobre *alcanzar el umbral de la perfección*? Hago referencia a esto teniendo en cuenta que cuando un docente quiere ser el mejor está teniendo como objetivo SER UN MAESTRO. Y para llegar a este objetivo (sea cual fuere su religión y/o creencia), hay que pensar en el Maestro: Jesús. El es el verdadero Maestro y a El debe apuntar nuestra misión como educadores y transformadores de la realidad. Así llegaremos a ver que nuestros alumnos se convierten en discípulos que, además de recibir una información netamente académica, son las personas que aplican en la praxis de lo cotidiano su conocimiento generando progreso y un mejor futuro para este país que tanto lo necesita.

Entonces queridos "maestros", guías y educadores de nuestra sociedad: les invito a aceptar el reto de transformar el mundo como lo hizo Jesús: "Vió una multitud, y le dió lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor; y se puso a enseñarles con calma". (Mc. 6,34).

Hay otro aspecto bien importante que ninguna persona se puede olvidar: el maestro también tiene dificultades, pues desde su condición humana, tiene derecho a equivocarse. Lo importante de esto es que esas equivocaciones se deben

convertir en oportunidades, o posibilidades como decía anteriormente, de desarrollo, pues algunas veces si éstas no hubieran llegado, entonces no se hubiera dado el espacio para el reconocimiento del error y del cambio.

Entonces, creo firmemente que allí está una primera y, tal vez, la principal invitación que ofrezco en este escrito: luchemos por ser cada día unos mejores docentes para llegar a ser unos maestros. Ojo, cuando se habla de ser maestros también quiero hacer claridad en que este rol tan importante implica compromiso social, religioso, económico, político, etc., en donde nuestras funciones como seres humanos serán cada vez más transformadoras de realidades negativas. Un ejemplo claro es que cuando uno se compromete a trabajar para ser un maestro, también une a su lucha el ser un buen padre o madre de familia, un buen hermano y un buen amigo.

Después de esta reflexión y sin salirme del tema, quiero ahora introducirme, en otro aspecto que me parece interesante tener en cuenta cuando se habla del ejercicio docente: lo bueno y la virtud.

Lo bueno y la virtud como dos aspectos importantes que deben acompañar la docencia

Creo que, definitivamente, si es cierto que uno como docente para conseguir la realización de su oficio debe darse a la lucha del hacer todo dentro de la virtud y la bondad, entendidas como el aprovechamiento de todas las oportunidades que implican llevar al otro a producir conocimiento

¹ Término elegido por San Juan Bosco, patrono de la juventud, para dirigirse a sus alumnos quienes eran considerados como los primeros y principales receptores de la educación.

y a mejorar sus condiciones de vida; de ahí se derivan todas las acciones axiológicamente buenas a las cuales debemos llegar.

Entonces, no sólo basta con saber o conocer un tema, expresarlo a la perfección, repetirlo con gusto y otras cosas que hacemos todos los días; pienso que todo esto debe estar acompañado de buenos consejos, buenas aptitudes y actitudes que harán que el buen maestro sea un verdadero guía, y que le ayude al alumno a construir conocimiento pues éste nunca se acabará y siempre se da en función del desarrollo del hombre.

Lo anterior me hace pensar, reflexionar y confrontar una frase escuchada en una conversación con expertos en el tema: "...un buen maestro es quien tiene la suerte de tener buenos alumnos". Creo que si tenemos buenos alumnos, a pesar que todo va a ser más fácil, el gusto por el trabajo ya no va a ser lo mismo, pues es precisamente, el reto de los alumnos difíciles el que invita a que hay que partir de lo complicado y problemático para descubrir y extraer lo positivo de ellos; es decir, surge la necesidad de dar el giro a las experiencias negativas o que de alguna forma no están como se quiere que estén, para llegar al encuentro de grandes cosas que no se descubrirían si todo fuera bueno, pues se da la sensación de que ya todo está acabado y casi que el papel del ser humano se va convirtiendo en pasividad ante las cosas y las personas cuando todo está "perfectamente hecho".

El reto está hoy en el cambio y éste nos invita ha conseguir nuevas cosas que harán que seguramente nuestra sociedad, a pesar de que no es perfecta, se transforme para conseguir buenas personas que con un adecuado conocimiento de la realidad, llegarán a ser los líderes del país. Este es también nuestro reto, la formación de líderes, unos líderes que cada día van sintiendo el gusto por la academia y dentro de ella, sienten pasión por la investigación. Esto hará que llegue el

momento en que ellos van a llegar a saber más que nosotros pues también deben volverse unos expertos de su profesión... y la llegada de este momento no nos debe generar miedo, pues para eso estamos colaborando con el proceso académico de los hombres y las mujeres transformadores (as) del presente y futuro de nuestro país.

Como estamos preparados para introducirnos en el cambio, vale la pena aclarar que éste debe iniciarse con una revisión de nuestro ser. Para ello me ha parecido incluir en esta reflexión el tema de la autoevaluación que cada uno de nosotros debe darse la posibilidad (al menos) de hacer. Claro, pues es allí en donde empieza el verdadero cambio. Ojo, acordémonos que los discípulos están atentos al testimonio de su maestro.

La autoevaluación como herramienta pedagógica que ofrece frutos de autonomía en el docente y sus alumnos

Para entender mejor el concepto de autoevaluación se hace necesario primero ver desde dónde estamos entendiendo la evaluación. Esta se puede entender como un proceso general que involucra la autoevaluación como herramienta e instrumento para lograr sus objetivos de formación. Esta adquiere significado cuando las acciones educativas, sin interesar el nivel o el contexto en el cual ocurran, adquieren sentido cuando buscan *el crecimiento y el mejoramiento de las personas que participan en ella.*

Los propósitos educativos pueden ser múltiples. Las formas de implementación de lo educativo suelen ser variadas, sin embargo, se podría afirmar, sin temor a equivocarse, que siempre se busca (o se debe buscar) la formación de personas capaces de pensar y actuar por sí mismas, con

independencia y autonomía. Prácticamente se podría decir, que si esto no se busca estaríamos ante cualquier tipo de acción diferente de una acción educativa.

Por eso la autoevaluación tiene sentido dentro de un marco educativo que permita crear ambientes y generar las oportunidades para que las personas *se formen* en la autonomía y la autodeterminación.

En este orden de ideas puede surgir la pregunta : ¿qué papel juega la evaluación?

En términos generales, la evaluación se puede definir como la reflexión sistemática y continua que se realiza sobre el ocurrir del quehacer educativo. Y en este sentido se podría afirmar que para conocer el desarrollo de los procesos tendientes a la generación de la autonomía y la autodeterminación, es necesario el ejercicio de la evaluación.

Entonces, la *autoevaluación* se presenta como una alternativa para ejercitar la evaluación. Esta consiste en la reflexión originada y llevada a cabo por iniciativa y según los criterios definidos directamente por las personas que en diferentes niveles y con diferentes roles toman parte en la acción educativa. Se podría afirmar que es la evaluación de los participantes para los participantes. Por experiencia se sabe que no es una evaluación muy practicada en el medio educativo colombiano. ¿Por qué? Tal vez porque todavía se tiene temor a reconocer los propios errores ya que, en algunas ocasiones, cuesta bastante trabajar en ellos para borrarlos y volverlos oportunidades de triunfo.

Al rededor de la autoevaluación surgen muchas concepciones y muchas expectativas. Para algu-

nos es la oportunidad de “decir mi verdad para que vean quien soy”; en tanto que para otros es la posibilidad de hacer un análisis serio de un determinado proceso educativo. En cualquier caso en nuestro medio su desarrollo ha sido muy irregular y se ve lejano en el momento en el cual pueda afirmarse que se ha convertido en una práctica corriente. Esto me hace proponerles una pregunta reflexiva: ¿Será que en algunas ocasiones nos da miedo enfrentarnos a nuestras debilidades? No olvidemos que un maestro se da cuenta de sus fallas, las reconoce, trabaja en ellas, las cambia y hace que ellas se conviertan, como ya he dicho varias veces, en posibilidades de desarrollo.

Y esta posible no presencia de la autoevaluación en nuestros planes formativos y en algunas instituciones no es gratuita. Su ausencia (o mala práctica) se origina en el predominio de la heteroevaluación² cuando el ejercicio de la autoridad se convierte en autoritarismo; cuando la posesión del saber quiere emplearse como un elemento para detectar el poder académico y extraacadémico; cuando no se ve la necesidad de participación como una oportunidad para generar nuevas alternativas educativas; cuando se reconoce que siempre se tiene la razón, la autoevaluación carece de sentido. Y allí está el peligro que consiste en que no se da siquiera una primera posibilidad de abrir la senda del cambio en el reconocimiento de la participación del otro en nuestro proceso personal.

Sin embargo es preciso mirar la otra cara de la moneda. La autoevaluación puede constituirse en un elemento que abra nuevas oportunidades en la educación, que dinamice, desde la perspectiva de los participantes, el proceso, nuevos horizontes y nuevas posibilidades para la formación en la autonomía y la autodeterminación.

² Heteroevaluación entendida como una evaluación en la cual una persona es evaluada por otra persona. Generalmente el sentido de la evaluación, las reglas para realizarla, los criterios para emitir juicios, son determinados e impuestos por quien evalúa. Es decir, por quien juega el papel activo. La otra persona se ve obligada a realizar lo que ha sido determinado por otro. Su papel es totalmente pasivo. Y con seguridad se puede afirmar que este es el modo evaluativo más corriente en el contexto educativo colombiano.

Un estudiante podrá ser buen ciudadano si es *él y solamente él* quien está convencido del respeto a los demás, del cumplimiento de las leyes y de la necesidad de promover y realizar acciones que conllevan el bien común. Nadie hace buen ciudadano o buen profesional al otro. Aunque se le puede apoyar para que así sea, y para eso está la comunidad y están las instituciones, sin embargo son el convencimiento y la acción personal y grupal las que van a demostrar esa realidad. Y el análisis de los procesos y de los logros de este campo pueden partir de una reflexión personal o comunitaria realizada con el propósito de buscar vías para el cambio y para la autogestión de las personas o los grupos. Es aquí en donde encuentra sentido la ejecución de la *autoevaluación* como herramienta para conseguir una verdadera autonomía.

La *autoevaluación* significa *autoanálisis*. Construcción (no aislada) pero sí desde la propia perspectiva. Significa reconocer que la autonomía no se construye con el engaño sino con la transparencia que da a un análisis sincero de la realidad vivida. Una persona puede engañar a todas las que le rodean pero nunca podrá engañarse a sí misma. Un buen docente debe permitir una promoción del ejercicio autoevaluativo pues éste debe convertirse en un medio que le facilite a las personas y a los grupos el análisis sincero de su realidad. La construcción personal, social y educativa no se realiza con engaño, un maestro nunca haría eso a sus discípulos. Y la *autoevaluación* puede colaborar en una construcción abierta y que busque la verdad.

Dadas las circunstancias en las que se desarrolla nuestra sociedad, el implementar la autoevaluación no es fácil. Aún más, trae riesgos. Cuando el autoanálisis y la introspección no son una práctica corriente en la sociedad, la autoevaluación impulsada y administrada sin la debida preparación, se convierte en instrumento mal manejado. Pierde su sentido. Por esta razón la autoevaluación no

debe introducirse y emplearse de la misma manera que se hace con las prácticas educativas tradicionales. Es preciso discutir su sentido y su pertinencia en determinados contextos sociales y educativos. Sin embargo, en cualquier caso, es necesario impulsarla poco a poco y plantearla como una posibilidad para ir apoyando la búsqueda de la autonomía, pues qué bueno que todos los docentes de nuestro país pudieran llegar a afirmar: “yo estoy en capacidad de autoanalizarme y aunque puedo contar con el apoyo de otros, ellos no realizarán la reflexión por mí”.

La evaluación es un instrumento para el desarrollo del ser humano (más allá de ser un instrumento de poder)

Propongo resaltar la idea de que la evaluación siempre será un instrumento de poder, pero que cuando se tiene conciencia de la importancia que juega dentro de todo el sistema educativo, se puede llegar a concebir como una herramienta que se usa para motivar el cambio y, por lo tanto, el desarrollo del ser humano.

Además si la evaluación sigue siendo un instrumento de poder, los resultados obtenidos después de haber sido aplicada ya no tendrán sentido pues, creo yo, ya se conocen antes de ser realizadas las pruebas evaluativas. Esto hace que no se produzcan cambios y, por lo tanto, no se genere progreso en las instituciones o en las personas, las cuales se van a convertir en objetos que se usan para reafirmar unas ideas previas y unos resultados ya planeados de unas evaluaciones previamente viciadas y sin confidencialidad.

Es necesario no dejar pasar la idea de que una evaluación que arroja resultados que ya están previstos, no tiene sentido y se convierte en un

instrumento opresor y autoritario, pues puede dar la razón a los superiores que hacen que unos "inferiores" obedezcan de acuerdo a unos parámetros que muy seguramente fueron desconocidos cuando se aplicaron las pruebas evaluativas. Esto hace que la evaluación pierda también su sentido objetivo en donde no existe el consenso y se privilegia la experiencia y la sabiduría de una persona o de una reducida minoría.

Esto tiene un peligro que tampoco viene a ayudar en el desarrollo y progreso del hombre: cuando se hace una evaluación donde predomina el poder, se establecen unas categorías que definen toda la aplicación de los resultados, existiendo el riesgo que esas categorías no respondan a las necesidades del lugar o de la persona y por lo tanto, no hay confiabilidad, es decir, que las evaluaciones terminan midiendo otros aspectos que no son importantes para una comunidad interesada en el cambio, sino que responde a unos intereses bien particulares de unos pocos.

Es por eso que la evaluación debe, amigo docente, además de mostrar datos cuantitativos, arrojar propuestas cualitativas en donde se propongan acciones concretas para mejorar las realidades que se pueden estar viviendo dentro y fuera del aula. Todo esto se relaciona íntimamente con que la evaluación debe ayudar a tomar decisiones, oxigenar los ambientes, reflexionar sobre las normas de convivencia, proveer de información precisa que permita la generación de otras alternativas y miradas de apoyo para las posibles problemáticas, etc.

La evaluación no debe quedarse mirando aspectos particulares de una realidad, pues aunque creo que es bastante conveniente, también lo es hacer una profunda mirada al contexto general que de alguna forma, nos va a dar posibilidades

de crear nuevas visiones más objetivas sobre los procesos que se quieran evaluar. No se descuide aquí la palabra proceso que propone el desarrollo de todas unas etapas evaluativas que van más allá de las simples evaluaciones que sólo se hacen al final de una camino.

Una evaluación bien llevada y dirigida hacia el desarrollo del ser humano le va a permitir el análisis, la reflexión, la participación, etc. Esto no sería posible si sigue siendo un instrumento de poder en donde el único que obtiene provecho es el evaluador impositivo. Precisamente un proceso evaluativo debe pretender la generación de alternativas para inducir al cambio; y si el poder se concentra en una o en varias personas, la comunidad o la persona evaluada seguirá su curso sin la retroalimentación que en un momento pudo haber sido la excusa para la generación del cambio y, por lo tanto, del desarrollo.

Dentro de este tema me ha parecido bien importante hacer caer en la cuenta al lector del papel importante que ejerce el entorno que rodea al ser humano como objeto y sujeto de la educación. Para ello trataré de hacer algunas reflexiones:

Importancia del entorno en la educación

Veo con preocupación que no se toma en cuenta –y es mi propuesta– el papel del entorno³ como influyente en todos los procesos de conocimiento de la realidad, la cual no es solamente concebir al alumno como sujeto y al maestro como objeto de una relación, que creo que es impuesta (la relación) ya que casi que no se toma en cuenta la experiencia del alumno, su dimensión afectiva y menos su razonamiento. Por ejemplo, dentro de ese entorno vienen a sobresalir las emociones y los sentimientos de la persona, que se ha conver-

³ Entorno según Aristóteles quiere decir "cosas a la vista". Es decir, cosas o situaciones de la vida cotidiana que están cerca a mí.

tido en objeto de la acción educativa, y de las personas que la rodean y que diariamente le están afectando sus comportamientos. Pues es claro que una persona aunque tenga muy bien definidas sus acciones, siempre serán moldeadas o influidas cuando entra en relación con otras; caso concreto el de los adolescentes y en general, la juventud colombiana.

Si no se tiene en cuenta lo anterior, entonces sí se seguirá concibiendo la idea de que la acción educativa es un instrumento de poder en el cual sólo “importa” el alumno solo y sin la influencia de los demás, pues se puede convertir en un riesgo para las dinámicas dentro y fuera del aula y la enseñanza en general.

Creo también que no hay que dejar pasar lo que propone Andrés Perafán en su artículo “Tres ejes para evaluar la acción educativa: auto, hetero e interestructuración”⁴, cuando dice que en la heteroestructuración “el maestro se convierte en el mediador entre el alumno y el conocimiento”. Yo me hago la siguiente pregunta: ¿Será que el conocimiento se puede concebir como un objeto –tangibile o intangible– que necesite un sujeto para ser alcanzado por “otro sujeto”? Aquí se presenta una incoherencia ya que ni siquiera el “otro sujeto” es considerado como tal sino como un objeto. Entonces para qué un sujeto debe alcanzar o hacerle llegar algo –que en este caso es el conocimiento– a un objeto si éste no tiene la posibilidad de escoger qué es lo que quiere o qué es lo que desea aprender. Esto hará que nunca se llegue al nivel de análisis que necesita el conocimiento, entendido como una construcción objetiva y continua que no puede ser dado como algo ya acabado; esto es inconcebible.

Teniendo en cuenta lo anterior, podemos afirmar, ahora sí con certeza, que el conocimiento no está

acabado y que cuando se transmite no se hace todo al tiempo pues sería ilógico pensarlo; es decir, cuando se transmite el conocimiento se hace de una forma progresiva y con criterios tácitos que traen escondidas fórmulas que permiten relaciones y conexiones entre saberes para generar cada vez más conocimiento de más alto rango. Esto permite un acuerdo con lo que Perafán dice: “un concepto en la mente de un alumno es una síntesis de acciones que se ponen en acto en las relaciones con el medio, consigo mismo y con los demás”.

Dentro de ese entorno, me parece importante rescatar un aspecto que en algunas ocasiones se deja de lado: lo emocional.

Algunas ideas sobre la importancia de lo emocional en el proceso educativo

Creo firmemente que el docente debe estar en todo momento atento a las manifestaciones emocionales de sus estudiantes, ya que no sólo la dinámica educativa presenta en escena a un actor llamado teoría. Algunos teóricos pretenden hacer una complementación al ejercicio docente diciendo que la teoría se vería completa cuando se acompaña de la práctica. Yo no estaría totalmente de acuerdo pues pienso que sigue faltando lo emocional.

Importante resaltar que cuando hablo de la importancia de lo emocional en el ejercicio docente, estoy haciendo referencia primero a que hay que estar atentos a lo que el alumno siente cuando su docente le está hablando, al gusto o no que pueda sentir sobre el tema que está trabajando, a

⁴ En “Evaluación y cultura escolar”. Bogotá, Red de Docentes investigadores de educación. 1996.

las dificultades personales, familiares, de grupo, con su pareja, etc., que pueda tener en su mundo. No nos de miedo reconocer que nuestros queridísimos compañeros de trabajo (alumnos) también sienten y que –lo más importante– sus emociones y sentimientos afectan la relación con sus estudios y con nosotros. Reconocer y acompañar al estudiante en momentos en donde lo emocional no va paralelo a lo académico no es perder autoridad por parte del docente, no es dejar al alumno tocar intimidades de su guía.

Como segundo aspecto, me parece bien interesante reflexionar sobre que en este tema de lo emocional también se tiene en cuenta lo que el docente siente, piensa y desea. Claro, es importante que también nosotros como docentes nos cuestionemos sobre las relaciones con nuestros alumnos, con los grupos y con las cátedras a las cuales nos enfrentamos a diario. La invitación es a que reflexionemos sobre nuestra condición humana que no nos permite alejarnos de nuestros sentimientos y emociones. Yo no puedo (es imposible) llegar a un aula y no sentir nada, igualmente creo que no hay que creer en que uno puede dejar sus problemas en la puerta del aula o fuera de ella cuando dialogó con un alumno. Por eso el docente debe perder el miedo a estarse cuestionando sobre su proceso pedagógico y sobre la importancia de su dimensión emocional.

Así mismo es importante que se cuestione continuamente al alumno, es decir, preguntar sobre la construcción del conocimiento en el cual, además de los saberes netamente académicos, usted, amigo docente, debe estar atento a los lenguajes verbales y no verbales de sus compañeros ya que éstos pueden ser expresión de lo que ellos están sintiendo. ¿Cómo es eso? Muy sencillo: los estudiantes hablan también con el cuerpo, se expresan a través de él. Esto no hay que dejarlo pasar. El que pretende ser un maestro debe permitirse ser

cuestionado cuando un alumno habla mucho, no se concentra, se cansa, hace otras actividades y otras cosas más que a veces hacen como muestra de que las dinámicas del grupo no están funcionando bien. Aquí hay un gran secreto: el grupo o la persona con su lenguaje no verbal le está invitando al docente a que reflexione sobre lo que está haciendo. Considero que aquí hay una oportunidad de cambio que no se puede dejar pasar pues en algunas ocasiones el docente lo que hace es regañar al estudiante o al grupo y no se da cuenta que su proceso es el que puede estar andando mal. Ahí está otra invitación a la reflexión, no nos de miedo reconocer que estas situaciones también nos han pasado.

Así, para terminar, se puede decir, apoyado en Humberto Maturana⁵, que todo sistema racional, tiene un fundamento emocional. Claro es que cuando cada uno de nosotros actúa respondiendo a lo que conocemos, estamos muy subjetivamente atados a lo que nuestras emociones y sentimientos han hecho de nosotros. Entonces, de aquí, amigo lector, parte otra invitación a la reflexión que pretendo dejar expuesta y es precisamente llamar la atención sobre que el docente debe estar dispuesto a reconocer en sus alumnos las emociones como expresión de los sentimientos, debe valorarlos y no desecharlos ya que hacen parte fundamental del proceso educativo en el cual están insertos ellos (y nosotros también).

Otra reflexión es la siguiente: El docente para llegar a ser un maestro debe aprender a “gozarse” su trabajo, es decir, a “degustar” la relación con sus alumnos y con el conocimiento que se adquiere a diario dentro y fuera del aula de clase. Esto permitirá que sus alumnos, como ya dije anteriormente, se vuelvan compañeros de trabajo, pues el ejercicio docente se vuelve agradable cada vez más y se va fortaleciendo un ambiente en donde todos estamos aprendiendo.

⁵ Maturana H, Emociones y Lenguaje en “Educación y Política”. Dolmen Ediciones. Bogotá, 1998.